

Alberto López Basaguren

La captura de la langosta

(*El Correo*, 15 de diciembre de 2016).

En el fragor del debate sobre la soberanía de Quebec (1995) se filtró la conversación del *premier* independentista Jacques Parizeau con diplomáticos extranjeros a quienes expuso su teoría sobre el referéndum. La oferta de negociación con Canadá era un señuelo para atraer votantes al lado soberanista porque solo importaba la victoria: los quebequeses quedarían atrapados "como langostas en sus trampas"; ya precisaría él las consecuencias.

Theresa May trata de aplicar la misma teoría al *Brexit*, convirtiéndolo en su gran oportunidad para que el Partido Conservador arrase a uno y otro lado del mapa político: con su fervoroso discurso nacionalista, reagrupando al unionismo; y con su retórica igualitarista, entrando en tromba en el territorio laborista tradicional. Ha utilizado una tautología retóricamente exitosa -"*Brexit* significa *Brexit*"-, para tratar de imponer una interpretación indiscutible de los resultados del referéndum, más allá de lo que se preguntó a los votantes. Pretende dar preferencia al control de la inmigración y liberar al Reino Unido (RU) del Tribunal de Luxemburgo, dejando en segundo plano la permanencia en el mercado único europeo, y que sea el Gobierno quien decida el momento de notificar al Consejo Europeo la intención de abandonar la UE. Pero estar fuera de la UE no presupone salir del mercado único; la regla es la contraria (Noruega, Suiza, etc.). Y excluir a las Cámaras en una cuestión tan trascendental, aduciendo que la 'transmisión en directo' de los debates debilitaría su posición negociadora, es muy difícil de aceptar en un sistema parlamentario.

El riesgo de quedar fuera del mercado único está provocando turbulencias económicas y monetarias. La estrategia del Gobierno se basa en la confianza de un liderazgo internacional que no se percibe y en la ciega convicción de que la UE no podrá rechazar la excepcionalidad del RU en el acceso al mercado único, ignorando los mensajes de rechazo procedentes de la UE; la misma actitud que descalificó en el Gobierno de Escocia sobre la independencia de su territorio.

Hay señales de caos político. Nadie tenía un plan para la salida de la UE; y el Gobierno sigue sin tenerlo. El Parlamento se resiste a ser marginado y el Tribunal Superior -*High Court*- de Inglaterra y Gales ha dado la razón a quienes defienden su competencia. Aunque el Tribunal Supremo del RU -*Supreme Court*- revocase la decisión, va a ser muy difícil que el Gobierno logre, políticamente, imponer su criterio. Los conservadores están divididos, incluso dentro del Gobierno; y la confrontación en el laborismo es aún mayor, porque no solo afecta a la cuestión europea. El SNP -nacionalista escocés- tratará de utilizarlo para su objetivo independentista.

Un panorama nada sorprendente para quien se haya zambullido en la apasionante caracterización de 'el día que casi fue' en el Quebec de 1995 -*The Morning After*- elaborada por Chantal Hébert. Pero, como allí, el caos en la parte británica no puede ser tranquilizador para la UE. Los retos a los que se enfrenta, que el *Brexit* hace más inaplazables, son de una envergadura enorme y no se percibe en Europa capacidad para afrontarlos con éxito.

En cualquier caso, la imagen de los ciudadanos británicos atrapados en el resultado del referéndum es muy inquietante. Como en el referéndum escocés, el voto fue determinado por dos convicciones contrapuestas, objeto de descalificaciones cruzadas. Quienes se oponían al *Brexit* eran acusados de alarmismo (*scaremongering*), por los negros presagios que le auguraban; y quienes lo defendían eran acusados de engaño (*misleading*), por la visión tan extremadamente positiva y ausente de riesgos, idílica, que le atribuían. ¿Y si los electores cambiaran de opinión?

¿Es irreversible la salida cualquiera que sea la situación económica que provoca?
¿Aunque el RU corra el riesgo de desmembrarse?

Quienes apoyan el *Brexit* solo admiten la interpretación más radical, como reflejó la prensa populista con su iracunda y desmedida reacción a la decisión de la *High Court*. El referéndum, legalmente, no tiene carácter vinculante, pero parece inimaginable un voto parlamentario contrario al resultado. Unas nuevas elecciones, para ser clarificadoras, tendrían que realizarse sabiendo las condiciones reales de salida o tras manifiestos daños económicos o políticos; y tendrían que ir acompañadas de un gran terremoto político, pues solo los Liberal-demócratas tienen una firme y cohesionada posición contra el *Brexit*, pero quedaron al borde de la desaparición tras el Gobierno de coalición con los conservadores. Parecería lógico un segundo referéndum, una vez concluidas las negociaciones, pero tiene poca aceptación, aunque ya se han alzado voces en su defensa.

Empieza a haber cierta sensación de que la salida de la UE no tendrá lugar, pero el *Brexit* blando es lo más factible. Salir de la UE pero seguir en el mercado único; fuera, pero dentro. Dependerá del protagonismo del Parlamento. Aunque parece muy difícil, la marcha atrás no es descartable; el vuelco electoral de los Liberal-demócratas en la elección parcial de Richmond Park este pasado jueves, ¿provocará una onda expansiva, como algunos pronostican? Pero tampoco hay que descartar la catástrofe. No sería la primera vez que el unionismo muestra una ceguera suicida.

Alberto López Basaguren es Catedrático de Derecho Constitucional en la Universidad del País Vasco y *Visiting Scholar* en la Universidad de Cambridge.